

¿CUÁNTOS PANES TIENEN?

EDITORIAL



Heriberto Herrera

Cada vez se levanta con mayor vigor una clamorosa denuncia por la creciente desigualdad social en la humanidad. Estamos llegando a una situación tan insoportable que las denuncias de tamaña injusticia provienen, no ya de los clásicos desposeídos, sino del seno mismo de los países ricos, como lo hemos presenciado este año en ocasión de conferencias de alto nivel sobre economía global.

El hecho es innegable. Crece la riqueza mundial a ritmo vertiginoso, y masas humanas cada vez más amplias van quedando marginadas del bienestar abundante.

El desequilibrio social, agudizado por el fenómeno arrasador de la globalización, está provocando roturas graves en la familia humana, con consecuencias alarmantes.

De entre los mismos dirigentes de la economía mundial se alzan voces preocupadas que denuncian como una situación intolerable la creciente exclusión de millones de seres humanos.



A los científicos y políticos les tocará idear caminos de desarrollo que conduzcan a una mayor equidad social. A la iglesia, conciencia y voz de la humanidad, le corresponde interpretar la actual situación desde el ángulo de la fe.

“Al principio no era así”. El Jubileo, para los israelitas, ofrecía la oportunidad para intentar un reajuste social. Había que resanar los desequilibrios que el egoísmo había ido creando. Se trataba de restablecer la fraternidad concreta, donde todos pudieran sentarse como hermanos a la mesa de la creación, como lo había pensado Yavé. Algo así como actualizar la creación original.

Esta dimensión fundamental del Jubileo sigue siendo básica y urgente. Se solicita una conversión de la humanidad para que los países aplastados por monstruosas deudas puedan ser liberados de esta esclavitud moderna. Que los países pobres tengan igualdad de oportunidades en el actual festín de la abundancia.

Lamentablemente se percibe el riesgo de reducir la celebración del Jubileo a una conversión intimista, espiritualista, limándolo su mordiente social. Sin hablar de una versión comercializada del Jubileo que piensa en “ganar indulgencias” como quien acrecienta una cuenta bancaria.

Eso no es más que el reflejo de una espiritualidad que cultiva misticismos ignorando la realidad amarga de un mundo con graves conflictos socioeconómicos. Es bastante común oír a personas piadosas elevar plegarias a Dios para que “dé pan a los pobres y salud a los enfermos”.

“¿Cuántos panes tienen?” –pregunta Jesús a los discípulos preocupados por una masa hambrienta pero que no logran imaginar una solución. La solidaridad está despuntando como una versión exquisita de la caridad. Nuestro pequeño aporte, aparentemente insignificante, puesto a disposición de Dios, puede hacer milagros. La conversión que solicita el Jubileo es la toma de conciencia de que el plan de Dios de una humanidad fraterna se encuentra gravemente desordenado. Y de que a nosotros nos toca, fortalecidos por la gracia, luchar denodadamente por restablecer la equidad social.

Que todos tengan acceso al Dios de la abundancia gracias a que no nos eximimos del empeño social cristiano.

Como un paquete bomba

Rafael Alfaro



¿Saben que a Don Bosco también le llegaron paquetes sospechosos? Un día recibió el Santo la incógnita de un paquete de correo. Era pequeño, pero pesaba mucho. “¿Qué será esto?”, exclamó. Por entonces aún no se habían inventado las cartas-bomba. Lo abrió con curiosidad y vio que se trataba de ... ¡un ladrillo! En seguida lo partió para ver si había dentro dinero. Nada, no había nada.

- Esto es una manera de tomarle el pelo – rió uno de sus salesianos.

- No, porque el remitente pone “un pobre cura”.

Estaban en este diálogo cuando se presentó el remitente preguntando si había recibido un ladrillo.

- ¿Con que es usted el bromista?

- Menos bromas.

Y empezó a contarles su historia.

Don Ghistolfi, que así se llamaba el pobre cura, había tenido un brazo muy malo, tanto que los

médicos habían llegado a la determinación de amputárselo.

- No, por favor - les dijo el pobre cura -, antes déjenme ir a Don Bosco. Le diré qué debo hacer en honor de María Auxiliadora para curarme.

Y, en efecto, Don Bosco le dijo que ofreciera un ladrillo para su iglesia. Y el buen cura, apenas se vio sano, envió el ladrillo por correo.

El reverendo celebró la broma con Don Bosco.

- A eso se le llama cumplir al pie de la letra –sonrió Don Bosco.

- Es que con la Virgen hay que cumplir las promesas con puntos y comas.

Y el buen cura empezó a dar bendiciones a diestro y siniestro con el brazo sano a vista de todos. Y, alargando el mismo brazo antes enfermo, entregó al Santo un abundante donativo, con la preocupación de que no supiera su mano izquierda lo que hacía su derecha.

Siglo XXI: Expectativas y Proyecciones

Rolando Echeverría

Al iniciar un nuevo siglo, el hombre reflexivo se pregunta por el sentido de la historia: ¿Hacia dónde va la humanidad? ¿Podremos finalmente como hombres civilizados, enderezar la historia hacia un futuro que garantice el cumplimiento de las mejores expectativas para cada ser humano?

El hombre aspira ineludiblemente hacia una plenitud, tanto a nivel individual como a nivel social. La plenitud humana resume esa “utopía” que asegura una vida vivida con dignidad, a nivel individual y social. ¿Es esto posible? Parece que la historia se empeña en desmentirnos. Como un monstruo de mil cabezas, el mal se abate contra la humanidad adquiriendo, siglo con siglo, formas siempre nuevas. Los fantasmas de las guerras, esclavitudes, explotaciones y abusos de toda clase no parecen disminuir con el paso del tiempo, sino que están a la orden del día, en el pleno umbral del tercer milenio cristiano, como para desanimar de una vez por todas a los idealistas y dar la razón a los cínicos. Y sin embargo...el hombre no deja de esperar.

Los filósofos nos hablan de “posibilidades”, entendidas como esos asideros que la historia misma va poniendo a disposición de los hombres, sobre los cuales éstos pueden apoyarse para caminar hacia la plenitud deseada. Claro que todo depende de sus decisiones para que no se queden en meras “posibilidades” y pasen a ser “realidades” que el ser humano pueda disfrutar.

Dignidad y derechos humanos

No hay duda que un gran hito de la humanidad ha sido el reconocimiento de la dignidad humana y la garantía, en el ámbito jurídico, de los derechos humanos. Pero lo que se ostenta en constituciones y tratados políticos queda para muchos, en la realidad, como una “posibilidad” y un desafío. La humanidad tiene todavía mucha tarea por delante en este ámbito. Como prueba de ello, el siglo que apenas termina deja tras de sí un horrendo saldo de muerte, destrucción, agresiones y violaciones a la dignidad humana como no se había dado antes ni aún en los siglos más oscuros.

Solidaridad

Hoy en día la humanidad tiene recursos más que suficientes para acabar con el hambre, la miseria, la desnutrición y muchas clases de enfermedades y epidemias. No se puede negar que se han dado pasos en el ámbito de la solidaridad, pero son todavía insuficientes. Es una “posibilidad” que está ahí... al alcance de la mano, pero que no termina de hacerse “realidad” para todos.

Libertad

Es la palabra que aparece como consigna detrás de todo proyecto político, de toda fe religiosa, de todas las utopías revolucionarias. Muchos tipos de esclavitud han sido abolidos afortunadamente y, al menos en el papel, se reconocen las libertades sociales. Sin embargo, hay todavía muchas formas de dominación y van surgiendo otras nuevas.

Democracia

Definitivamente la humanidad ha aprendido de la historia el valor de la democracia como régimen político y social. Sin embargo, ésta no se ha logrado aplicar en su sentido pleno, como participación de los ciudadanos en las decisiones importantes que atañen a la convivencia social, política, económica. Corre el peligro de reducirse a una feroz lucha de partidos por hacerse con el voto o ejercer el poder a favor de otros intereses. La democracia hay que perfeccionarla, so pena de vaciarla de sentido.

Globalización

Gracias a la facilidad de las comunicaciones y los intercambios de todo tipo, la tierra se ha vuelto esa “aldea global” de la cual se habla hoy. Las posibilidades que abre la globalización son fantásticas, en orden a crecer en la conciencia de que somos todos hermanos, miembros de la misma humanidad, todos “pasajeros del mismo barco”, en orden a superar cualquier discriminación por motivos de raza, sexo, condición

social o económica, etc. Sin embargo, contra esta posibilidad acecha todavía el afán de dominio de unos pueblos o grupos sobre otros, a nivel político, económico, cultural...

Los anteriores son sólo algunos aspectos en los cuales la humanidad está llamada a crecer en el siglo que iniciamos. Los seres humanos conscientes y maduros no se quedan “viendo pasar la procepción”. Al contrario, se sienten parte viva y dinámica de la historia y luchan denodadamente por darle el rumbo apetecido e implantar los valores que aseguren un mejor futuro a la humanidad. Si no

nos decidimos a ser protagonistas, seremos sólo comparsas y títeres del devenir histórico.



GLOBALIZACION: superar las barreras que limitan al ser humano.

El término globalización es hoy uno de los más utilizados en todos los ámbitos de la vida social. A través de él se pretende explicar los cambios en la economía, la organización mundial, los modelos de conducta que observamos, etc. Es sin duda una de las palabras que más expectativa y discusión suscita en nuestros días.

Por todo ello seguramente nos habremos preguntado más de alguna vez si dicho proceso es realmente algo positivo, como nos lo pintan sus promotores, o si por el contrario, es algo más bien negativo, como nos lo presentan sus detractores.

Las reflexiones sobre la globalización reflejan en realidad la discusión que se ha generado -a favor o en contra- de un contexto socio-cultural que acentúa una perspectiva marcadamente individual de la vida, las relaciones sociales y las condiciones económicas y laborales. A un nivel más profundo dicho debate se establece en torno a esa lógica econo-

Mario Olmos

micista que pretende convertirse en nueva clave explicativa de la vida del hombre.

Un ejercicio de reflexión al margen de esta discusión nos permitiría observar que lo que llamamos globalización es un fenómeno social que, por su misma naturaleza, descansa sobre un hecho fundamental de la persona humana: su dependencia respecto a los demás, es decir, la constatación de que el hombre no puede vivir aisladamente, separado de los otros.

La globalización responde al carácter social de la persona humana, es decir, a la exigencia humana de establecer un tipo de relaciones cada vez más abiertas que traten de borrar toda frontera o forma de exclusión con los demás hombres.

Se genera así la conciencia de la interdependencia: mis acciones son significativas para los demás, así como las acciones de los otros son significativas para mí.

En este sentido, la misma historia puede ser vista como un continuo proceso de apertura, desde el pequeño grupo a la humanidad entera, de lo local a lo mundial. Este proceso de apertura debería entonces poder ser considerado como un hecho positivo. Significaría la más clara realización de un proyecto de humanidad que elimine toda discriminación, barrera, aislamiento o individualismo extremo.

La realidad de la globalización hoy nos muestra lo contrario: la supuesta ruptura de barreras y privilegios favorece sólo a un porcentaje muy pequeño de población en cada país y en el mundo entero, limitando en muchos casos la libertad y la movilidad de las personas.

Se proclama la libertad de movimiento para los capitales, los productos y servicios, pero se levantan nuevas barreras a las personas y a comunidades enteras de seres humanos.



Jubileo: ¿Celebración o Vida?

Mario Fiandri

No hay semana que no lleguen a las iglesias empleados de agencias de viajes ofreciendo paquetes del Año Santo. A diario constatamos la comercialización de que está siendo objeto el jubileo.

Aun dentro de la comunidad cristiana se está dando una visión reductiva y engañosa del evento jubilar, que se agota o se reduce a algunas manifestaciones o prácticas de tipo cultural y devocional: hacer una peregrinación a Roma o a Tierra Santa o a la iglesia catedral; tal vez confesarse y rezar alguna oración; y ¡todo arreglado!

El Año Santo tiene que ser el factor indispensable para convertirnos. El Papa, en la Bula de convocación del Gran Jubileo, dice que «La historia muestra con cuanto entusiasmo el pueblo de Dios ha vivido siempre los Años Santos, viendo en ellos una conmemoración en la que se siente con mayor intensidad la llamada de Jesús a la conversión»

El primer acto de honestidad cristiana consiste en reconocernos pecadores, necesitados de conver-

sión. El simple cambio de una hoja del calendario puede ser un acto indiferente. Y al dar vuelta a la hoja del año 2000, con la mirada puesta en Jesucristo, debemos convertir el hecho cronológico en un acontecimiento salvífico, lleno de significado y de nuevas posibilidades.

Tan grande es la importancia y la necesidad de la conversión y del perdón que Jesucristo le ha confiado a la Iglesia el sacramento de la Reconciliación. En ese gran sacramento de fe y de conversión, los creyentes, conscientes de haber pecado, nos acercamos al ministro de la Iglesia a confesar la bondad de nuestro Dios que nos llama a conversión, a confesar sinceramente nuestras culpas y a recibir, por manos del ministro sagrado, la absolución de nuestros pecados.

Hermoso sacramento que se prolonga en una vida cristiana de mejor calidad, reparando el mal causado y haciendo de nuestra vida un acto de culto para nuestro Dios.

El Año Santo tiene que llevar al perdón y a la reconciliación con los hermanos. Este es el don y el desafío de la reconciliación. Tenemos que hacerlo con humildad y esperanza, llenos de confianza en las posibilidades y bondades del corazón humano; y saber recomponer nuestras fracturas.

Porque pedir perdón a Dios implica también el tema de la misericordia y del perdón ofrecido a quien nos ha ofendido, aun gravemente.

Año Santo debe significar reconciliación en el plano personal, familiar, social y eclesial. Porque esto -dice el Papa Juan Pablo II- «compromete a la comunidad de

Se proclama la interdependencia económica como nueva clave de organización, pero se reduce o incluso se rechaza la solidaridad para con los más pobres, limitando por tanto su pleno desarrollo.

La generación de un auténtico proceso globalizador requiere pues una fundamentación más profunda que la simple lógica economicista. La infinita serie de actividades tecnológicas, económicas y comerciales, que aparecen como la parte más evidente del proceso, no son ni pueden constituir el verdadero núcleo del fenómeno.

Siendo el hecho de la interdependencia una característica propia de los seres humanos, todo proceso que se produzca en los campos económico, político o cultural debe responder a las exigencias y aspiraciones de todo hombre. Esto exige una actitud ética y responsable en toda la compleja red de acciones y relaciones humanas que llamamos globalización.

Un auténtico proceso globalizador que tenga como objetivo el bienestar de todas las personas debe salir de la lógica reduccionista económica y técnica en que se encuentra atrapado. La economía, la técnica y la producción, sectores importantes de la vida del hombre, deben colocarse a su servicio y no en su contra.

Es necesario ir más allá de los criterios económicos, pues como nos recuerda el Papa Juan Pablo II: «El sistema económico no posee en sí mismo criterios que permitan distinguir correctamente las nuevas y más elevadas formas de satisfacción de las nuevas necesidades humanas».

los creyentes a vivir en el mundo sabiendo que han de ser «fermento y el alma de la sociedad humana, que debe ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios»

Afirma Juan Pablo II: «El Año Santo tiene que ser el Año de la solidaridad, que es el nuevo nombre de la caridad».

El amor a Dios y el amor al prójimo van siempre de la mano. Hoy la caridad se manifiesta en la solidaridad con los pobres y los marginados, y con todas las personas que sufren. Así lo señala el Santo Padre: «Se debe decir ante todo que el compromiso por la justicia es un aspecto sobresaliente de la celebración del Jubileo».

Esto nos debe llevar a gestos concretos de amor y de compromiso. Debemos revitalizar al interior de la comunidad eclesial la cercanía al mundo de los pobres, del dolor y de la marginación. Esa es la religión que a Él le agrada y que da sentido al culto que le profesa el pueblo que se dice creyente. El mismo Papa lo recuerda y lo subraya: «Para superar la mentalidad individualista, hoy día tan difundida, se requiere un compromiso concreto de solidaridad y caridad». «Un signo de la misericordia de Dios, hoy especialmente necesario, es el de la caridad,

que nos abre los ojos a las necesidades de quienes viven en la pobreza y la marginación».

El rostro de Jesucristo viviente clama en el dolor y el abandono de muchos hermanos nuestros que hoy viven marginados, postergados y maltratados debido principalmente a nuestro egoísmo. «La solidaridad como una actitud de fondo implica sentir la pobreza ajena como propia, hacer carne de uno mismo la miseria de los marginados y, a la vista de ello, actuar con rigurosa coherencia». Esto implica contacto y cercanía, donación de sí mismo a los demás, con la cual nos realizamos y damos sentido a nuestras vidas.

¿Conocemos de verdad a los más pobres y abandonados de nuestro barrio,



pueblo o ciudad? ¿Conocemos su forma de vida? ¿O sólo sabemos que existen pobres, necesitados y marginados de oídas o por los periódicos y la televisión? Esta solidaridad implica gratuidad. Frente a una cultura del comercio y de la ganancia es necesario contraponer el valor gratuito del Evangelio. La solidaridad concreta es lo que hace real, palpable y creíble el amor de Jesucristo.

La vida sacramental y la oración deben llevarnos a este cambio personal y esta transformación social. Como lo dice el Santo Padre: «La espiritualidad no se contrapone a la dimensión social del compromiso cristiano. Al contrario, el creyente, a través del camino de la oración, se hace más consciente de las exigencias del Evangelio y de las obligaciones con los hermanos, alcanzando la fuerza de la gracia necesaria para perseverar en el bien».

Según el Papa, «se ha de crear una nueva cultura de solidaridad y cooperación, en la que todos -especialmente los ricos y el sector privado- asuman su responsabilidad. No se ha de retardar el tiempo en el que el pobre Lázaro pueda sentarse junto al rico para compartir el mismo banquete, sin verse obligado a alimentarse de lo que cae de la mesa».

En ese sentido, el Jubileo debe ser una nueva llamada a la conversión del corazón mediante un cambio de vida. No se debe dar un valor absoluto ni a los bienes de la tierra, porque no son Dios, ni al dominio o la pretensión de dominio por parte del hombre, porque la tierra pertenece a Dios y sólo a Él.

La varita mágica y la indulgencia

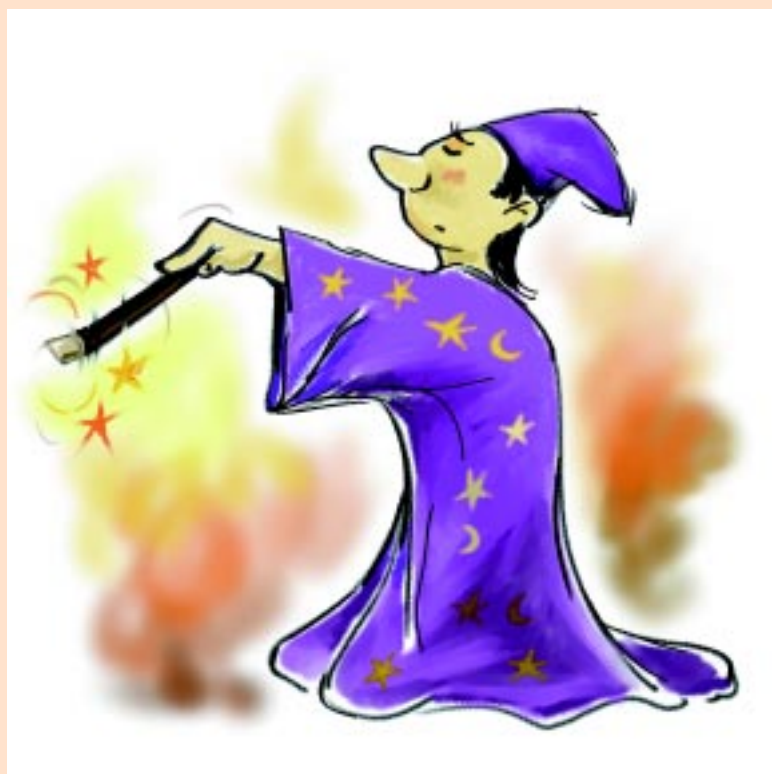
Sergio Checchi

Nuestro pueblo se inclina fácilmente a prácticas mágicas:

«cuelgas un manojo de ajos encima de tu puerta y automáticamente se alejarán de tu casa las desgracias; enciendes una veladora delante de la imagen de San Judas Tadeo y seguramente vas a encontrar trabajo; te bañas en agua con ruda y a la vuelta encontrarás novio!»

El peligro es que tomemos el Año de Gran Jubileo con esa misma actitud; atraviesas la puerta de la Catedral y estás perdonado; rezas por el Papa y ya ganaste la indulgencia plenaria; y si peregrinas a Roma en un vuelo de Iberia, mejor todavía, serás salvo!

Es decir, que queremos las cosas fáciles, los platos ya servidos, el menor esfuerzo posible. Nos cuesta levantarnos, nos cuesta trabajar, nos cuesta cambiar. Preferimos que algún poder mágico, alguna fuerza misteriosa, nos haga el favor, sin mayor incomodidad de parte nuestra.



No, el Año Santo, la Indulgencia del Jubileo, no están en ese plan, no tienen nada de parecido con una varita mágica. La cosa es mucho más profunda. Hace falta remontarse al sentido del pecado. Los que entienden de sociedad y cultura dicen que hemos perdido la conciencia del pecado y olvidado sus graves consecuencias. Hoy el pecado queda minimizado, marginado, distorsionado o excluido. Mientras no comprendamos este punto, no podremos apreciar ni aprovechar el “don de la indulgencia”, que este año la Iglesia nos ofrece.

Con el pecado yo rechazo el proyecto que Dios tiene para mí, yo rompo la alianza que El pactó conmigo, yo desprecio sus indicaciones: total, yo ofendo a Dios. Pero hay algo más. Con el pecado yo causo graves consecuencias en mí y en mi entorno. Piensa, por

ejemplo, en los destrozos producidos en mi persona, en mi familia y en la sociedad, por el alcoholismo, por el adulterio, por el secuestro, por la pornografía, por el chisme y la calumnia, por el homicidio y la tortura, por el robo y la irresponsabilidad... Con estas prácticas yo me debilito y me inclino siempre más al mal; destruyo la paz de un hogar, doy mal ejemplo a los pequeños, malgasto, despojo, ofendo ...

Ahora bien, la ofensa a Dios me es quitada normalmente con la sincera confesión de mis pecados. Una vez perdonado, estoy en paz con Dios: entro nuevamente en comunión con Él en cuanto hijo suyo. Pero aún me queda encima aquel conjunto de malas inclinaciones y de herida que yo he causado en mí y en los demás.

Todo esto debe ser purificado, reparado, reconstruido, devuelto a su integridad original. Es una enorme “deuda” que voy arrasando. Con ésta no entro al Cielo. Si la muerte me coge con este peso encima, se me requerirá una previa purificación, no sé cuán dolorosa (el Purgatorio). En vida, puedo ir cancelando mi deuda y construirme como “hombre nuevo”, a través del empeño diario de conversión, a través de las obras caritativas, a través de una vida más conforme al Evangelio. Debo reconstruir lo destruido, fortalecer lo débil e incierto.

¿Cómo? Soportando las pruebas y adversidades de la vida con confianza en Dios; poniendo mi persona y mis bienes al servicio de los hermanos; privándome con espíritu de penitencia de algún gusto lícito; dando testimonio público de mi fe en ciertos ambientes.

Ahora bien, la indulgencia que el Gran Jubileo me ofrece, no es más que una ayuda especial para esa total liberación interior; un jalón es ese camino de conversión. Evidentemente, se me pide una colaboración, como pueden ser la peregrinación o un servicio humanitario. Nada, pues, de varita mágica: si no hay conversión, no hay indulgencias.

El Año Santo es una maravillosa oportunidad para “nacer de nuevo”; la oportunidad para un auténtico renacimiento espiritual y material, interior y exterior, individual y familiar... Se insiste mucho en el verdadero cambio interior. Y, como recompensa, espera al fiel cristiano la indulgencia plenaria.



Oportunidades Pastorales del Jubileo

Juan Carlos Mesén

El reto exige una conversión eclesial profunda. De hecho, el Jubileo nos propone una conversión y reconciliación que nos implica individual y comunitariamente, si es que nuestra acción pastoral quiere ser auténtica y «nueva».

La tarea evangelizadora se encuentra ante diversos frentes: por una parte, «una sociedad laica, donde reina el silencio sobre Dios, necesita la voz de la Iglesia». Por otra parte, frente a una «cultura de

Ante el nuevo milenio que nos viene al encuentro, la Iglesia está seriamente empeñada en plantearse una acción pastoral que haga realidad la salvación de Jesucristo en un mundo que, con nuevas direcciones y propuestas, no siempre acordes a la Buena Nueva del Evangelio, reta a la comunidad cristiana.

muerte», nuestra responsabilidad de cristianos se expresa «en el compromiso de la nueva evangelización, entre cuyos frutos más importantes se ha de contar la civilización del amor».

Esta «nueva evangelización» es un reto pastoral que exige la construcción de comunidades y personas cristianas que tengan como motor la fuerza del Evangelio. Se nos ofrece la oportunidad de un testimonio cristiano tal que, como

las primeras comunidades cristianas, sean gotas de agua en un mar «pagano» en el que las diversas iglesias locales, tal vez pequeñas en número pero con una calidad cristiana mayor, puedan ser la «ciudad en lo alto».

El Papa nos exhorta a «vivir el jubileo con cantos y acción de gracias». De hecho, el calendario de actividades a cumplir por las diversas iglesias locales, vinculadas a la de Pedro, ofrece ocasiones propicias para celebraciones «vivas» en donde los cristianos de todo el mundo rindan un «culto agradable» a Dios. La pastoral litúrgica de las diversas comunidades tendrá ocasiones propicias para recobrar su dimensión divina y enriquecerse con el «Misterio» del Dios que se nos da en los Sacramentos. Se trata de ser «mensajeros de fraternidad y paz», que en este Año jubilar «cada hombre y cada mujer tome conciencia del sentido y del valor de la vida, que ha de gastar al servicio de los hermanos».

La misión y la celebración de la acción pastoral de la Iglesia a comienzos de un nuevo milenio puede ser además un momento oportuno de salvación para tantas comunidades cristianas que, a veces cansadas en su lucha contra el sinnúmero de antivalores ofrecido por un mundo secularizado, a veces envejecidas y replegadas sobre sí mismas, han perdido el sentido de la fraternidad que nos viene de experimentarnos como hijos de un mismo Padre.

Los esfuerzos hechos por una pastoral de conjunto que anime las células parroquiales y unifique los movimientos eclesiales es un «signo de los tiempos» y una oportunidad de crear comunidades más fraternas que estén «injertadas en

la vida de Dios». Esta unidad ha sido un llamado continuo del Santo Padre y una oportunidad para unirnos no sólo «desde dentro» de la Iglesia, sino también «desde fuera» de ella, mediante un esfuerzo ecuménico que estreche los lazos de hermandad con los cristianos no católicos.

En el Año Jubilar, Cristo resucitado es Buena Nueva para todos los hombres, sobre todo para los pobres. Este Jubileo es extraordinariamente grande no sólo para los cristianos, sino indirectamente para toda la humanidad. No nos es permitido quedarnos con los brazos cruzados. Pobreza y hambre, violencia y discriminación, una técnica que pretende ser amoral, un mundo enfermo y moribundo por los abusos del hombre, una «anticultura» que se nos bombardea continuamente, llama y exige de la Iglesia una acción pastoral volcada a los desafíos sociales. «La pobreza, el hambre y la enfermedad ya no pueden considerarse algo inevitable». El Jubileo nos exige orientarnos hacia un mundo «donde ya no se niegue a nadie la posibilidad de satisfacer sus necesidades fundamentales». Hemos de ser capaces de vivir un «siglo de la solidaridad».

Illuminada por el Concilio Vaticano II y enriquecida por la renovación que el Concilio ha propiciado en estas últimas décadas del siglo XX, la Iglesia, más segura de sí misma y de su misión, desea comenzar con pie firme su labor pastoral. Ya tenemos indicios de renovación. ¿Lograrán estas ansias del Reino su fin? ¿Se trata de primicias de una nueva época en la Iglesia? Son preguntas latentes. En el Año Jubilar parece resonar con nuevos ecos el mandato de Jesús: «Vayan por todo el mundo a proclamar la Buena Nueva».

Expedición Misionera del 2000

Este año la Congregación celebra el 125 ANIVERSARIO de la primera expedición misionera (1875): Es un jubileo misionero salesiano en el contexto del jubileo universal.

El Rector Mayor ha lanzado a la Congregación una llamada extraordinaria para el envío de un número consistente de misioneros para esta expedición. La llamada fue acompañada, incluso, por una carta dirigida a los formandos que contenía las indicaciones precisas al respecto. La llamada ha sido acogida favorablemente en muchas partes de la Congregación; la lista de los candidatos crece y esperamos de verdad que esta expedición sea una verdadera celebración del 125 aniversario. También serán enviados a Turín para la entrega del Crucifijo algunos misioneros de reciente envío que todavía no han recibido el mandato misionero y conocido los lugares santos salesianos.

Es hermoso constatar cómo algunas inspectorías, muy escasas de personal, o de reciente erección jurídica ofrecen con alegría el don de «su pobreza». La circulación misionera congregacional es ya una realidad robusta. La geografía de procedencia de nuestros misioneros es universal, es más hoy predominan las inspectorías relativamente jóvenes y los territorios ex-misioneros. La expedición misionera del 2000 se hará en Turín el día del «CXXV Aniversario», es decir el 11 de noviembre del 2000.